

ORQUESTA EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN Y EXTERMINIO

“La música es, ciertamente, en Birkenau, la mejor y la peor de las cosas. La mejor: devora el tiempo, procura el olvido, a la manera de una droga, de la que se sale atontado, ablandado... La peor, porque nuestro público son ellos, los asesinos; son ellas, las víctimas...”

Fania Fenelon

La música se escucha en los campos de concentración y exterminio nazis. Formar orquestas y bandas fue una de las ocupaciones de los guardianes con el objetivo de apaciguar, humillar y disciplinar a los prisioneros pero también servir de esparcimiento a los propios guardianes nazis.

En muchos casos, la música sostenía la moral de los músicos que no cumplían con tareas penosas y se podían alimentar mejor. La música daba coraje y fuerzas extraordinarias para sobrevivir para el resto de los prisioneros. Desde su llegada, los prisioneros eran recibidos con valeses de Strauss o canciones sentimentales de los años 30 para paliar el miedo.



Simón Laks, director de la orquesta de Auschwitz



En el caso del campo de concentración y exterminio de Auschwitz, existían 6 orquestas, una compuesta por hasta 120 músicos (una banda de viento) y otra sinfónica de 80 músicos, así como diversos coros. El repertorio incluía marchas, himnos del campo de concentración, música de salón, música ligera y de baile, canciones populares, melodías de cine y de operetas, fragmentos de ópera y obras clásicas como la quinta sinfonía de Beethoven.

Simón Laks era un polaco que se había instalado en París para trabajar como músico. Era violinista, compositor y director de orquesta. Fue hecho prisionero y deportado a Auschwitz-Birkenau a los 42 años de edad. En el campo de concentración comunicó a los nazis sus aptitudes musicales y se le destinó a la *Lagerkapelle*, la capella del campo.

Por aquel entonces esta orquesta era dirigida por Franz Kopka, un preso político, un alemán, que no tenía la menor idea de música pero que había salvado su pellejo en la –relativa– comodidad de la barraca para los músicos. Era un pillo que abusaba de sus compañeros. Los músicos, por ejemplo, ofrecían clases a los nazis o conciertos privados, y se les retribuía con la moneda corriente del campo, que eran cigarrillos, que después podían cambiarse por sopa, pan, salchicha o papas. Pero Kopka cobraba su porcentaje a cambio de no delatarlos ante las autoridades del campo. La orquesta entera lo detestaba por abusivo pero se había labrado su puesto, que parecía inamovible, ante los nazis.

Kopka fue relevado del cargo cuando apremiaban los refuerzos en el frente pero murió antes, enfermo y deprimido. Laks pasó a ser el nuevo director de orquesta de prisioneros de Auschwitz-Birkenau. Su trabajo consistía en reconstituir a diario la orquesta, pues los integrantes fallecían sin cesar, en revisar los instrumentos que llegaban todos los días junto con los nuevos deportados, y en enviarlos a restaurar si hacía falta, en hacer arreglos musicales de las piezas que los nazis prefirieran de acuerdo a las posibilidades humanas y técnicas de la orquesta, a dirigir los ensayos y, en fin, a preparar los repertorios. Más adelante se estableció incluso un rico intercambio artístico entre la orquesta masculina y la gitana.

Había también bandas de cinco músicos que tocaban marchas —a la ida y a la vuelta— para hacer marcar el paso a los prisioneros que hacían trabajos forzados, para confundir a los recién llegados durante las selecciones, o para acompañar a los que se dirigían a la horca o a las cámaras de gas. Los músicos gozaban de un estatus especial, más protegido: comían y vestían mejor, tenían trabajos menos duros, eran tratados con menor brutalidad.



Todo ello aumentaba las posibilidades de supervivencia, pero también el rencor de otros presos y la conciencia de culpa de los propios músicos. El suicidio entre los músicos era mayor que entre los otros internos del campo, salvo los del Sonderkommando (los encargados de incinerar a las víctimas de las cámaras de gas).

En cuanto instrumento de disciplina y humillación, los presos se veían obligados a cantar canciones nazis mientras marchaban o trabajaban, e incluso durante los castigos.

Las bandas y orquestas tocaban también conciertos dominicales para esparcimiento de los SS y, a veces, de los internos, y en las fiestas y orgías privadas de sus verdugos. Junto a la música forzada, existía la música hecha por y para los presos. Era un medio de supervivencia y de resistencia contra el terror diario. Se hacía en los barracones, al final de la dura jornada o el domingo.



También existió una orquesta formada por mujeres desde 1943 en Bikernau, dirigida por la violinista Alma Rosé.

Alma Rosé se ganó el respeto de los SS, hasta el punto de que cuando murió de enfermedad en 1944, las autoridades del campo permitieron dedicarle un solemne funeral, el único del que se tenga noticia entre los judíos de Auschwitz.

Alma Rosé



Fania Fenelon y Anita Laskker-Wallfisch

Fania Fenelon (sobreviviente) también formó parte de la orquesta y Anita Laskker-Wallfisch, otra superviviente que tocaba el cello en la orquesta. La orquesta femenina de Auschwitz era reunida muchas tardes ante las dependencias de los miembros de la SS para interpretar piezas de Grieg, Schumann o Mozart, según cuentan las músicas.